

Hegemonía Global de Estados Unidos en el Siglo XXI

¿Continuación
o acomodo
en el régimen
internacional?

José A. Morandé Lavín

1. Introducción

Uno de los temas de mayor relevancia en el campo de análisis de la política mundial contemporánea, es el desafío que enfrentan las superpotencias en su liderazgo de poder e influencia, en la lógica globalizadora y transnacional del sistema internacional.

La trayectoria de la hegemonía global de los Estados Unidos en la escena internacional, nos remite al contexto del período de post guerra a mediados del siglo XX. En efecto, después de la Segunda Guerra, la potencia norteamericana asume un papel de liderazgo institucionalizado en todo el orbe, al mismo tiempo que a través de una coalición occidental, desarrolla y consolida, internacionalmente, su poderío militar, económico y cultural indiscutido.

En los inicios del siglo XXI, verificamos aun la supremacía global del país del norte, con un alcance inigualado en el ámbito militar, manteniendo un rol protagónico en la economía internacional, no obstante la competencia de algunas economías industrializadas y emergentes. En el ámbito del desarrollo tecnológico, mantiene una superioridad en la jerarquía mundial, en particular, en los sectores de punta de la innovación. Una evaluación positiva de esta dimensión de poderío norteamericano la proyecta actualmente Fareed Zakaria (2008) al afirmar que: *“Los Estados Unidos mantendrán una economía vital, vibrante, en la vanguardia de las próximas revoluciones en la ciencia, tecnología, e industria”*.

Este vigor económico y tecnológico es muy probable que no se modifique, sustancialmente, en las próximas décadas, augurando muchas estimaciones que hacia el año 2025 la economía estadounidense será todavía el doble de tamaño que la de China en términos nominales de su producto nacional. Es más, como lo sostiene el propio Zakaria, el poder militar de Estados Unidos no es la causa de su fortaleza, sino la consecuencia (p. 27).

La influencia cultural estadounidense, por su parte, disfruta de un atractivo sin rivalidades, especialmente entre las nuevas generaciones de la población mundial. En uno de sus últimos libros, Henry Kissinger sostiene con optimismo a comienzos de la primera década del presente siglo, que los Estados Unidos estarían alcanzando una preeminencia sin rivales, y aun más grande que los imperios del pasado, manifestando dicha superioridad en distintas dimensiones de influencia y poderío. Al

respecto, el ex Secretario de Estado estadounidense señala: *“... desde las armas a la empresa, desde la ciencia a la tecnología, desde la educación superior a la cultura popular, América ejerce una ascendencia sin paralelo alrededor del globo”* (2001: 17).

Estas apreciaciones acerca del poderío estadounidense como potencia global, se verifican en dos momentos o puntos de inflexión de la historia más reciente de la política mundial: el fin de la Guerra Fría y el debate en torno a la *Pax Americana*; posteriormente, en los inicios del siglo XXI, con el anuncio y proclamación unilateral de la guerra contra el terrorismo del presidente George W. Bush.

No obstante lo anterior, este contexto amplio y dinámico de la trayectoria y alcances del actual escenario internacional, admite una reflexión acerca de la vigencia del papel rector de Estados Unidos en el mundo, frente a los grandes desafíos y amenazas de su hegemonía, que se derivan de los procesos globalizadores y de la estructura de poder mundial. En otras palabras, hasta qué punto la potencia norteamericana dispone de capacidades, en términos de equilibrar su poderío militar, con los requerimientos económicos y tecnológicos para sustentar dicho liderazgo a escala mundial.

Esta prueba de la capacidad estadounidense de poder mantener la vigencia de una supremacía global, ante los dilemas de compatibilizar factores domésticos, vinculados a los gastos de defensa, equilibrios presupuestarios y procedimientos eficaces de decisión política, frente a la competencia y desafíos de otros actores o centros de poder mundial, ha llevado a historiadores como Paul Kennedy a plantear los ciclos de auge y caída de las grandes potencias: *“... sin cierto equilibrio entre las demandas en competencia de la defensa, el consumo y la inversión, es improbable que una gran potencia conserve mucho tiempo su posición de tal”* (1988: 627).

Se tratará, entonces, en primer lugar, de contrastar y poner a prueba argumentos como los de Zakaria, Kissinger y Kennedy, a partir de los acontecimientos históricos ya indicados, y de la evolución del sistema internacional, los cuales estarían influyendo en el desarrollo de la política hegemónica estadounidense, en un contexto de cambio de siglo. En seguida, se pretende abordar las estrategias y el papel más reciente de los gobiernos norteamericanos en un renovado liderazgo mundial, para luego analizar y proyectar la respuesta de la sociedad civil y de la opinión pública en sus percepciones y evaluación de sus gobernantes y del rol de Estados Unidos en la arena internacional.

2. El orden mundial post Guerra Fría y la difusión del poder de Estados Unidos

La estructura del sistema internacional, así como las tendencias generales de los procesos y política global contemporánea, han tenido repercusiones e influencias determinantes en el liderazgo mundial de Estados Unidos en el transcurso de las últimas dos décadas. En efecto, durante este período, la humanidad ha sido testigo de profundos cambios que apuntan a una reestructuración del orden internacional de la post Guerra Fría.

Esta nueva realidad en gestación pone en evidencia la configuración de un sistema internacional cambiante y crecientemente multipolar, que se manifiestan en múltiples dimensiones y niveles de participación mundial. Así, constamos renovadas rivalidades estratégicas de potencias con pretensiones de alcance global, el posicionamiento de potencias regionales, la globalización creciente de la economía liberal, con el desplazamiento de la riqueza y poder económico desde Occidente hacia el Este, y la transnacionalización de la agenda de la sociedad civil internacional con participación e influencia de actores no estatales.

Una anticipación a este renovado escenario internacional, es la explicación sobre el dinamismo actual de la agenda política y del poder mundial que sugiere Joseph S. Nye (2004: 4-5), a través de la identificación de las fuentes del poder estadounidense, y de su aplicación en un modelo simple de análisis tridimensional, en un juego vertical y horizontal de tablero de ajedrez. De esta forma, la hegemonía de los Estados Unidos en la arena internacional, se sustenta en dos fuentes tradicionales de poder, las cuales -según Nye-, no sólo comprenden sus capacidades militares y económicas, sino que también los valores, ideas, historia y capacidad de atracción y emulación de la sociedad norteamericana.

La fuerza militar y el nivel de desarrollo económico representan el "poder duro", que puede ser usado para fijar la agenda de la política mundial e inducir o amenazar a otros para cambiar de posición. Sin embargo, una forma indirecta de ejercer dominio en la arena internacional es el "poder suave", es decir, los intentos de fijar la agenda de la política mundial, atrayendo más que ejerciendo la coerción para obtener los resultados deseados, ya que otros actores o países desean seguir

las políticas del que ejerce liderazgo, admiran sus valores y aspiran a sus niveles de prosperidad y libertad (Nye, 2002: 8-9).

Al matizar la afirmación de que los Estados Unidos se habrían convertido en la única potencia en un mundo unipolar de post Guerra Fría, el mismo autor sostiene en su modelo tridimensional, que en el nivel superior del tablero -equivalente a los clásicos temas militares inter-estatales-, este país es, en efecto, la única superpotencia con alcance militar global, por lo cual, consecuentemente, puede ser catalogado en la categoría unipolar o de hegemonía mundial.

A nivel intermedio del mismo tablero, esto es, en el ámbito económico interestatal, se manifiesta un contrapeso a la supremacía estadounidense, en gran medida a través de una distribución multipolar del poder por la competencia con otros actores como la Unión Europea, Japón, China y otras economías emergentes, conjuntamente con el gobierno compartido con instituciones y regímenes comerciales y financieros internacionales de alcance global.

Finalmente, en el tablero inferior, las relaciones y temas transnacionales quedan fuera del control de los gobiernos. De esta manera, en materias como terrorismo, crimen internacional, cambio climático y pandemias, el poder está ampliamente distribuido, difundido y desordenadamente organizado entre Estados y actores no estatales de diversa naturaleza y de carácter transnacional. Por cierto, esta dimensión constituye un escenario de reales desafíos a los poderes y potencias tradicionales, en particular a la hegemonía global estadounidense.

Tanto en el primer como en el segundo nivel del modelo analítico de Nye, los Estados Unidos ejercen liderazgo en su rol de potencia global, en la agenda y en la política internacional bajo el "poder duro", esto es, a partir de sus intentos de cambiar la conducta de los otros actores, a través de la amenaza o del uso de armas militares o económicas. La complejidad y dispersión del poder en el nivel inferior del tablero, obliga a la potencia estadounidense a recurrir, prioritariamente, al ejercicio del "poder suave" en una interacción y cooperación transversal.

Las actuales tendencias a una mayor difusión del poder en la arena internacional, según un estudio sobre tendencias globales, muestran la acentuada emergencia de un sistema internacional más complejo, con una probable aceleración en el futuro de una multiplicidad de nuevos ac-

tores, particularmente, potencias globales¹. La fragmentación y desafíos que enfrenta el sistema internacional, se agudiza con la ausencia y debilitamiento de la institucionalidad internacional, el empoderamiento de redes y actores no estatales, y la potencial expansión de bloques regionales. De esta forma, los escenarios internacionales del presente desafían en forma creciente al rol tradicional de Estados Unidos en la arena mundial.

De acuerdo con el mismo estudio citado anteriormente (pp. 98-99), las siguientes son las tendencias de cambios globales más significativos que se proyectan hacia el futuro mediano:

- La disminuida influencia de Occidente y del papel de Estados Unidos en aquellas partes del mundo más inestables, en particular, en su aproximación a las regiones del Este como Afganistán, China e India. Del mismo modo, la fragmentación del orden global en bloques regionales, se ajustaría a una era de globalización y lento crecimiento económico, con potenciales incrementos de inestabilidad política, a partir de acciones menos efectivas en temas transnacionales como el cambio climático y la seguridad energética.

- La falta de un efectivo manejo de la relación entre globalización, crecimiento económico y daño medio ambiente es compartido entre varios actores, más allá del rol protagónico de Estados Unidos en estas materias. No obstante, el liderazgo de este último en el marco de un multilateralismo institucional más fuerte se muestra como necesario, para evitar crisis económicas aun más devastadoras que las hasta ahora experimentadas por la comunidad internacional.

- Las rivalidades crecientes entre potencias mundiales emergentes (BRIC), particularmente, un eventual enfrentamiento entre China e India, a raíz del incremento de la inseguridad energética, reclama más la intermediación de Brasil que el papel exógeno de Estados Unidos en la reconstitución de este grupo.

- La transnacionalización de la política local en temas como el medio ambiente, fortalece el rol de los actores no estatales como mejores representantes e interlocutores de los intereses planetarios que los propios Estados. Sin embargo, los gobiernos -junto con reconocer y adaptarse a esta realidad-, deben seguir asumiendo materias más tradi-

cionales de seguridad nacional que atañen a factores políticos, sociales y culturales que emergen nuevamente en los escenarios globales.

- El liderazgo personal y la cooperación internacional de quienes toman las decisiones, serán cruciales en los resultados esperables, para la superación de los desafíos globales de un mundo más complejo y fragmentado que en el pasado reciente.

La complejidad del sistema internacional contemporáneo y los desafíos que enfrenta, ha sido interpretada por Zbigniew Brzezinski,² como la resultante de dos procesos transformadores de la escena política mundial, que se desarrollan en forma simultánea e interactiva: primero, la emergencia de temas o problemas globales que se relacionan con el bienestar humano y que constituyen preocupaciones políticas críticas a escala mundial (clima, medio ambiente, hambre, salud y desigualdad social); segundo, una transformación en marcha, esto es, un cambio en la distribución del poder global desde Occidente al Este, lo cual implica también una trayectoria histórica de hegemonía por parte de potencias que arrancan su dominación en el mundo, desde el colonialismo europeo de cinco siglos atrás, y que hoy estarían dando paso a la preeminencia mundial de China, Japón e India, y, eventualmente, a una recuperada Rusia.

En este cambio y transformación dinámica del mundo, la declinación del liderazgo estadounidense podría llegar a tener un efecto en la estabilidad global del sistema internacional, al menos en el futuro más próximo. Por lo tanto, una de sus disyuntivas es que una potencia o conglomerado de Estados podrían reemplazar la hegemonía norteamericana en la arena global, o bien que la recuperación de Estados Unidos contribuya a su reposicionamiento mundial y a la estabilidad global, a partir de un liderazgo de responsabilidades compartidas con otros actores de alcance mundial, en un nivel pleno de cooperación multilateral.

3. Declinación hegemónica y supremacía de Estados Unidos en el siglo XXI

A nivel de estado, los signos más inmediatos sobre el liderazgo estadounidense en el mundo, apuntan a una declinación de su imagen y

1 National Intelligence Council (2008) *Global Trends 2025: A Transformed World* [en línea]. National Intelligence Council. Disponible en http://www.dni.gov/nic/PDF_2025/2025_Global_Trends_Final_Report.pdf

2 Brzezinski, Zbigniew (2009). "Major foreign policy challenges for the next US President", en *International Affairs*, Vol. 85, Issue 1.

proyección global, a partir de transgresiones a valores tradicionales de su política doméstica e internacional. Los estilos y decisiones de la política exterior norteamericana en la presente década, más los recientes efectos nacionales y los alcances de la interdependencia transnacional, vividos en la última crisis económico-financiera global, han deteriorado la confianza de la sociedad internacional en la capacidad de Estados Unidos para ejercer un efectivo liderazgo en los asuntos mundiales.

La declinación hegemónica se verifica, en parte, por el relativo deterioro de la posición de Estados Unidos en el mundo, y por una creciente pérdida de influencia e independencia. Pese a mantener la supremacía como la potencia militar en el mundo, los costos en las incursiones bélicas y guerras sostenidas, representan enormes pérdidas en términos diplomáticos, militares, económicos y humanos, mostrando esta situación de alguna manera la verificación de la tesis del historiador Kennedy³.

Por otra parte, Estados Unidos continúa como la economía individual más poderosa del globo, con un Producto Interno Bruto de 14 billones de dólares, que representa más del 25% del total mundial. Sin embargo, las bajas tasas de crecimiento y la participación decreciente de la potencia norteamericana en las importaciones y exportaciones globales, muestran la otra cara de la actual supremacía estadounidense.

Así, más allá de la discusión en torno a la declinación relativa, versus supremacía estratégica de Estados Unidos en el sistema internacional de la post Guerra Fría, su liderazgo singular continúa en los asuntos mundiales. A este respecto, el papel rector que aún desempeña la superpotencia norteamericana en diferentes esferas de la política internacional, validaría algunas tesis sobre la proyección de la hegemonía estadounidense en el siglo actual.

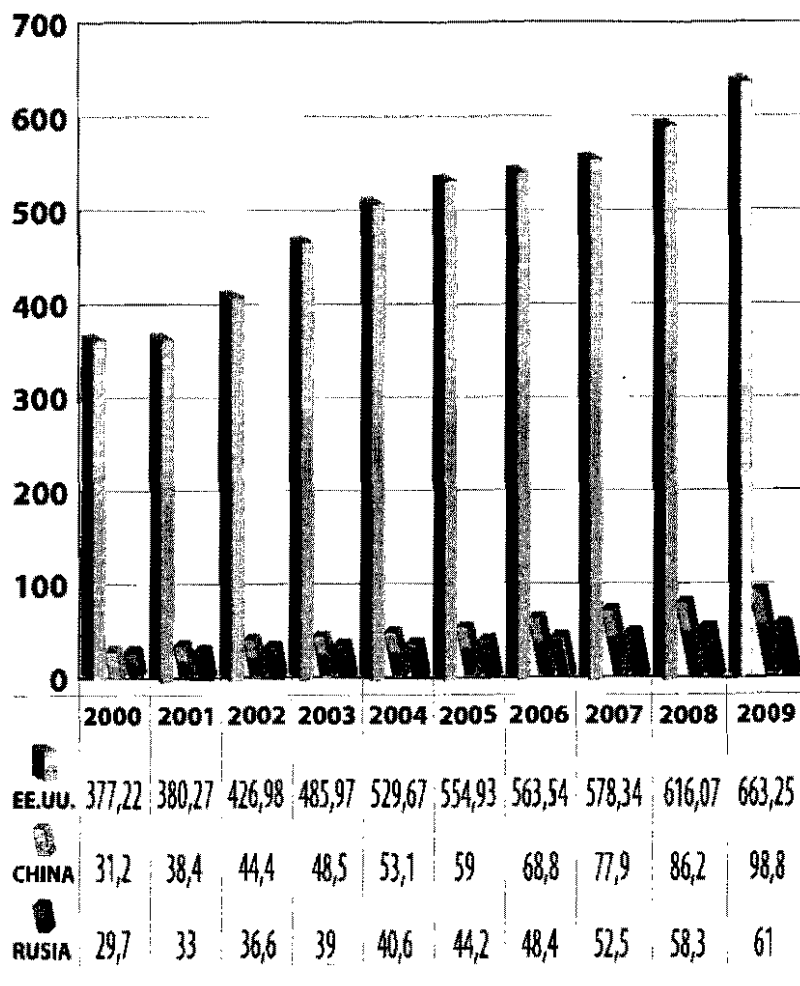
Esta proyección hegemónica es necesaria, de acuerdo a Nye (2002: 15), como un requisito para asegurar la gobernabilidad global, pues esta se logra a partir del liderazgo de una potencia que desempeñe ese papel rector. No obstante, la mantención de esta hegemonía debe considerar que el país conductor desarrolle el poder blando, como una forma de beneficiar a otros estados y actores internacionales, evitando así la formación de coaliciones antagónicas que intenten transformar o eliminar a la potencia que ejerce el liderazgo.

3 Haass, Richard N. (2008). "La era de la no polaridad. Lo que seguirá al dominio de Estados Unidos", en Foreign Affairs Latinoamérica, Vol. 8, N° 3.

Gráfico N° 1

Comparación del Gasto Militar de EE.UU., China y Rusia (2000-2009)

US\$ millones en constante (2008)



Fuente: Elaboración propia, en base a los datos obtenidos de "Stockholm International Peace Research Institute". Disponibles en www.sipri.org. Consultado el 03 de agosto de 2010.

La *Pax Americana*, por lo tanto, sería una fuente de paz y estabilidad relativa en el mundo, con altas probabilidades de mantenerse en el futuro, debido a los recursos únicos de poder militar que posee Estados Unidos y que es capaz de desplazar, estratégicamente, en cooperación con sus aliados a escala global. Por su parte, a nivel de la economía mundial, el papel estabilizador de la potencia norteamericana -siguiendo a Nye-, también representa un factor de poder y supremacía, cuyo liderazgo compartido no solo es funcional a la estabilidad internacional sino que también a su propia hegemonía global (2002: 17).

En otras palabras, el ejercicio del “poder suave” en la política exterior de Estados Unidos, además de constituir un factor necesario para la mantención de la supremacía mundial norteamericana, requiere también de una red multilateral de instituciones, reglas y procesos, que permitan la participación de otros actores en las decisiones y la delimitación del ejercicio arbitrario del poderío estadounidense.

Por otra parte, Robert Lieber⁴ resalta el rol de “indispensabilidad” en distintas esferas del liderazgo de Estados Unidos en el mundo, afirmando que la supremacía norteamericana depende de su propio ejercicio y conducción política, conforme a tres grandes tendencias que podrían revertirse en el siglo XXI, con las respectivas consecuencias para dicho liderazgo:

a. La supremacía internacional de Estados Unidos se mantendría en el Siglo XXI

Los recursos militares, la capacidad de proyectar el poder a escala global, el desarrollo tecnológico, el dinamismo económico y la influencia cultural, representan diversas dimensiones de la primacía estadounidense en el mundo. Este mismo concepto, al compararlo con las competencias de poder y liderazgo internacional de otras potencias como Japón, China, Rusia, Alemania y la Unión Europea, arroja como resultado la inexistencia de una mayor amenaza o desafío al protagonismo global de Estados Unidos. Existirían argumentos, entonces, para anticipar que la preeminencia estadounidense continuaría, al menos en

el cercano y mediano plazo. Sin embargo, a pesar de sus enormes capacidades en el campo militar y económico, este país continúa experimentando la disyuntiva de traducir su poder en influencia política, como lo demuestran sus incursiones más recientes en Irak y Afganistán.

b. Indispensabilidad del liderazgo norteamericano en problemas internacionales más apremiantes

En el período de la post Guerra Fría, y en el contexto de la globalización económica internacional, el papel de Estados Unidos en la política mundial se ha transformado en un referente indispensable y necesario para abordar la colaboración internacional, en forma efectiva y oportuna, sobre materias urgentes. Sin embargo, la intervención de la superpotencia en los asuntos internacionales -sea en forma unilateral o multilateral-, siempre admite interpretaciones encontradas, según la naturaleza de los problemas, la particularidad de los casos y los actores involucrados.

El liderazgo y supremacía internacional de Estados Unidos, a partir del siglo XX hasta la actualidad, ha despertado sentimientos encontrados de rechazo y admiración. Entre los primeros, el antiamericanismo es una constante que se refleja en lo que Stanley Hoffmann (2004) identifica como factores conductuales o de esencia e identidad estadounidense. Así, si observamos hoy en día visiones y posiciones encontradas, respecto del papel internacional de Estados Unidos, es preciso distinguir entre aquellos que lo atacan en virtud de lo que hace, deja de hacer, o fracasa, respecto de aquellos que lo critican y atacan por lo que eso representa.

No obstante estas miradas negativas, la afirmación anterior admite también un reconocimiento al necesario rol de la participación e involucramiento de Estados Unidos en los asuntos internacionales, considerándose así a Washington una “nación indispensable” (Lieber, 2002), o practicante de una “hegemonía benigna” (Mandelbaum, 2006). La condición de indispensabilidad del rol estadounidense en el mundo, responde al necesario efecto catalizador de la colaboración internacional de Estados Unidos, siempre y cuando actúe oportuna y efectivamente. Esta realidad queda en evidencia en una serie de casos ocurridos en

4 Lieber, Robert (2002). *Eagle Rules? Foreign Policy and American Primacy in the Twenty-First Century*, New Jersey: Prentice Hall.

el período de post Guerra Fría, siendo un caso emblemático el liderazgo estadounidense durante la Guerra del Golfo en 1991, en donde el gobierno norteamericano organizó la respuesta internacional multilateral, liderando una coalición de 44 países contra las fuerzas de ocupación iraquíes, con el apoyo y legitimidad del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas (Lieber, 2002: 5).

La calidad de benevolencia atribuida a Estados Unidos, responde al papel positivo y único que es capaz de desempeñar esta potencia en la política mundial, y que de acuerdo con Mandelbaum (2006), es entendido así por una gran mayoría de países, pero que por razones poderosas, no lo pueden decir explícitamente. A diferencia de las prácticas imperiales del pasado, Estados Unidos busca compartir el control de los países ocupados con aliados, no monopolizando así la intervención. De esta forma, actúa a veces como mediador en conflictos internacionales (árabes-israelíes, indios-pakistaníes y otros); el poder militar estadounidense ayuda a mantener el orden en el mundo, con la presencia de bases y personal militar en Europa y Este de Asia, y colabora a través de responsabilidades compartidas con otros actores, para abordar las amenazas más apremiantes a la seguridad internacional, a saber, el control del desplazamiento de armas de destrucción masiva, hacia organizaciones terroristas y estados que las cobijan.

En la economía internacional, la hegemonía benigna desarrollada por la potencia norteamericana, contribuye a la protección y desarrollo del comercio internacional, asegurando las rutas oceánicas de circulación y transporte, como asimismo aporta a la estabilidad económico-financiera mundial, a través de políticas y apoyo a instituciones y regímenes internacionales, que velan por el funcionamiento de la economía global. En otras palabras, el liderazgo positivo que Estados Unidos juega en el mundo es muy funcional a la gobernabilidad global, y de alguna manera, aporta a crear las condiciones para la existencia de una situación mundial menos peligrosa y más próspero.

Sobre la base de estas visiones, la actuación de Estados Unidos en la política global, puede ser evaluada como un factor importante en la colaboración internacional, y en el desarrollo de una política de liderazgo, con espacios compartidos crecientes de apoyo y sustentación multilateral. De esta manera, el involucramiento internacional estadounidense puede convertirse en una condición necesaria, tanto para la

estabilidad estratégica (Guerra del Golfo, 1991), la intervención militar y humanitaria efectiva (Bosnia, 1995; Kosovo, 1999), como así también en materias de gobernabilidad financiera y económica a fines de la década pasada y comienzos de la actual (México, Brasil, Argentina, Asia del Este y Rusia). En todas estas materias de la agenda mundial contemporánea, como en aquellas relacionadas con comercio, deuda de los países en desarrollo, medio ambiente y otras, Estados Unidos ha ejercido liderazgo bajo responsabilidades individuales y colectivas a través de las instituciones internacionales respectivas.

c. Sin una amenaza externa de magnitud,
es más difícil contar con apoyo interno para
la política internacional norteamericana

El consenso doméstico y el apoyo interno de actores y la sociedad civil estadounidense, orientada a una efectiva política exterior, se hace más difícil para los decisores políticos, frente a la no existencia de amenazas externas de magnitud, como lo fueron en su momento el impacto de la Segunda Guerra Mundial o la Guerra Fría. En la actualidad, las elusivas percepciones sobre eventuales y reales situaciones de amenazas, se explicarían por la declinación de la atención del público y los medios de comunicación por los temas internacionales, sustituyendo esta por una preocupación preferente por las dimensiones más inmediatas de la situación política y socio-económico de la sociedad estadounidense.

Algunas manifestaciones que prueban esta situación, serían la menor cobertura periodística acerca de la actualidad internacional, la ausencia o débil alusión a las materias de política exterior estadounidense durante las campañas presidenciales y congresales, como asimismo la escasez de debates sobre política internacional en los medios de gobierno y en la opinión pública en general. Del mismo modo, el presupuesto de la nación, comparativamente, destina menos recursos a los asuntos externos que los que dedicaba durante el período de la Guerra Fría, lo que repercute no sólo en las capacidades físicas de poder de la superpotencia, sino que también en su capacidad de maniobra y habilidades para contribuir al cumplimiento de sus objetivos estratégicos.

Finalmente, ha habido también un cambio pronunciado de la influencia de la autoridad de gobierno, sobre las prioridades de defensa y política exterior. Hoy, la atención es menor que durante las décadas pasadas, aunque el Congreso ha incrementado su papel de control y defensor de intereses sectoriales de la sociedad estadounidense, en ámbitos como el comercial, laboral y del medio ambiente. Muchas veces, la ausencia de imperativos de defensa de lo considerado y percibido como interés nacional por parte de los norteamericanos, reduce la prioridad y urgencia de los asuntos internacionales para una gran mayoría, y aumenta los costos políticos para el Ejecutivo en sus negociaciones y transacciones con el Congreso. Esta tendencia hace más difícil a Estados Unidos la tarea de ejercer su liderazgo internacional, conducente a defender tanto sus intereses nacionales, como a procurar el orden y estabilidad internacional.

4. La vocación internacional de Estados Unidos en las orientaciones y políticas de los decisores norteamericanos. Percepciones y expectativas de la opinión pública nacional e internacional

A nivel individual y de la sociedad civil, el liderazgo de los Estados Unidos en la política mundial del siglo XXI, ha estado marcado por las diferentes visiones y estrategias de los gobiernos respectivos durante el período. Del mismo modo, estas orientaciones y conductas post Guerra Fría de los líderes estadounidenses, han tenido efectos en su opinión pública, la cual se ha pronunciado frente a las nuevas amenazas externas y transnacionales de seguridad y sobre otras prioridades de la agenda doméstica e internacional norteamericana, manifestando, al mismo tiempo, sus expectativas a través del rechazo o apoyo a las iniciativas globales de la política exterior del país del Norte.

La era del Presidente George W. Bush, iniciada en el año 2000, concibió desde un comienzo la reafirmación de un liderazgo unilateral de Estados Unidos en el mundo, contemplando el debilitamiento o derrocamiento de regímenes considerados como una amenaza a la paz mundial. Esto

orientación neoconservadora de la nueva administración, apelaba a una política norteamericana más agresiva que la de su antecesor en el plano del liderazgo mundial. Llama a ejercer, efectivamente, una hegemonía benevolente, es decir, un apoyo irrestricto a los intereses norteamericanos y a los principios liberales democráticos, a partir de la resistencia y oposición a las dictaduras e ideologías hostiles al liderazgo estadounidense en el mundo, asimismo, contemplaba proveer asistencia a aquellos que luchan contra las más extremas manifestaciones de la "maldad humana".

En otras palabras, Estados Unidos debía luchar contra el terrorismo y contra aquellos estados que lo cobijan, ayudando al mismo tiempo a expandir la democracia y sus instituciones como alternativas y opciones de libertad, desarrollo político y orden internacional.⁵

Un punto de inflexión en la política exterior de la post Guerra Fría de Estados Unidos, fue la declaración de Guerra contra el Terrorismo del Presidente Bush, luego de los ataques del 11 de septiembre de 2001. En efecto, Bush afirmó un nuevo principio de política exterior, a partir del cual Estados Unidos se reservaría el derecho de responder unilateralmente -sin la asistencia o sanción de coaliciones o potencias aliadas- a las amenazas emergentes a su seguridad. Este mismo principio es reafirmado con la *guerra preventiva*, la cual se oficializa a partir de septiembre de 2002 en la Estrategia de Seguridad Nacional de los Estados Unidos de América.

Los contenidos y orientaciones del plan estratégico anterior, apuestan a una reafirmación hegemónica a escala universal, y se basó en un internacionalismo inconfundiblemente norteamericano, reflejando al mismo tiempo los valores e intereses nacionales de la superpotencia. En otros términos, junto a la tradicional reiteración de autoproclamarse como el portavoz mundial de la libertad y dignidad humana, el gobierno de George W. Bush proclamó la guerra total contra el terrorismo, en cualquier lugar del orbe y su erradicación de raíz, declarando una ofensiva con el uso de la fuerza preventiva en el marco de la autodefensa, como justificación y legitimación de la nueva política internacional.

La opción estratégica de Bush fue, en consecuencia, el mantenimiento de un mundo unipolar en el cual Estados Unidos debería estar preparado para actuar unilateralmente, y para anticipar las amenazas

5 Margulies, Phillip (2009). *Global Issues: America's Role in the World*, New York: Facts On File, Inc.

terroristas. Así, los estados que fuesen incapaces de administrar la lucha contra este flagelo transnacional, perderían su soberanía⁶.

Un matiz de la estrategia preventiva de seguridad del Presidente Bush ocurrió al inicio de su segundo mandato en el año 2004. Frente a los magros resultados de los intentos de construcción de la paz en Afganistán e Irak, y con el objetivo de restablecer la seguridad internacional, se buscó una estrategia de prevención por consentimiento ante la expansión del terrorismo a escala global. Mediante de acciones militares hacia actores involucrados, principalmente en atentados contra Estados Unidos, existía ahora la oportunidad de mantener, en forma más colectiva y compartida, un renovado compromiso estadounidense para alejar diferentes tipos de armas de destrucción masiva, fuera del alcance de los grupos y gobiernos de estados "indeseables", que colaboran o apoyan al terrorismo transnacional.

En otras palabras, la administración de George W. Bush representó la expresión máxima de un liderazgo hegemónico en la arena internacional. Este unilateralismo norteamericano tuvo como correlato no sólo la acción militar en Irak, sino que también el distanciamiento de Estados Unidos de la comunidad internacional y de su compromiso con la cooperación multilateral. De esta forma, el gobierno conservador estadounidense se opuso a la ratificación del Tribunal Penal Internacional, a la Convención de Ottawa sobre prohibición de minas terrestres y a un tratado amplio de control de armas nucleares. Asimismo, rechazó la Convención sobre armas biológicas y se retiró del Protocolo de Kyoto sobre calentamiento global de la tierra.

El fin de la era Bush dejó en evidencia la oposición creciente de la comunidad internacional al liderazgo y al manejo discrecional del gobierno estadounidense, con síntomas de desprestigio y repudio, a nivel doméstico y, en general, en el plano mundial. Dejó una herencia política y económica negativa, con elevadas tasas de endeudamiento, de desempleo y una crisis económico-financiera que también involucró en forma profunda y extensiva a la economía global.

Por otra parte, la gestión política de las dos administraciones republicanas, al inicio del siglo actual, generó desconfianza en las capacidades de la potencia hegemónica para ejercer con legitimidad el poder internacional. Durante este período hubo serias transgresiones a los de-

rechos humanos por parte de la estrategia de seguridad nacional, en particular, en lo que se refiere a las políticas adoptadas para combatir el terrorismo transnacional. Algunas muestras de este legado fueron el estancamiento político y militar en Irak, el escalamiento del conflicto en Afganistán, y los apremios ilegítimos en los centros de prisioneros para albergar a los culpables y sospechosos de acciones terroristas, como es el caso Guantánamo, bajo la propia soberanía de Estados Unidos.

Desde el punto de vista de las orientaciones de los líderes encargados de las decisiones de política exterior norteamericana, las evidencias aludidas previamente, responden a una visión y conducta política de sectores de las elites de Estados Unidos; a través de ellas, se identifican y auto-perciben como ciudadanos de un país que admite excepciones únicas en el mundo, acerca del empleo de medios y procedimientos que garanticen la supremacía estadounidense, para alcanzar el orden y gobernabilidad mundial.

Desde el momento en que Irak entró en una guerra civil, durante la ocupación norteamericana a mediados de la década actual, el involucramiento de Estados Unidos en dicho país como en Afganistán se tornó impopular. Del mismo modo, en varias naciones del mundo, tanto la imagen de ese país como la confianza en el Presidente Bush, declinaron ostensiblemente. Hacia el final de su segundo mandato (2008), entre las potencias más relevantes del mundo, sólo Gran Bretaña (53%), India (66%), Corea del Sur (70%) y Japón (50%) manifestaron una visión positiva respecto de la política exterior norteamericana. Estas cifras contrastaban con las opiniones de menor o escaso apoyo de Alemania (31%), España (33%), China (41%), Francia (42%), Rusia (46%) y Brasil (47%)⁷.

Sobre estas preferencias, llama también la atención la baja reputación alcanzada por Estados Unidos en las postrimerías de la era Bush, no sólo en sus tradicionales aliados occidentales de Europa, sino que también en aquellos países de raigambre islámica como Turquía (12%) y Pakistán (19%). Las explicaciones podrían obedecer -en el primer caso-, tanto a la opción por el unilateralismo de las administraciones republicanas en su lucha contra el terrorismo, como al tratamiento dado a Irak en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, antes y durante la invasión norteamericana a dicho país a inicios de 2003.

6 Ikenberry, John (2002) "America's Imperial Ambition", en *Foreign Affairs*, Vol. 81, N° 5.

7 The Pew Global Project Attitudes (2008). *Global Public Opinion in the Bush Years (2001-2008)* [en línea]. Pew Research Center. Disponible en <http://pewglobal.org/files/pdf/263.pdf> > [2010, Julio 31]

El repudio a la política mundial de Estados Unidos, reflejado en las bajas preferencias de Turquía y Pakistán, se debería a la política seguida por los norteamericanos en el Cercano Oriente, en particular, a la ineficacia de su mediación y a su apoyo a Israel en el conflicto árabe-israelí. También debe considerarse como variable explicativa la condena y acción contra el terrorismo transnacional, cuya identificación estadounidense con el fundamentalismo islámico podría estar involucrando en forma indirecta las sensibilidades religiosas y de identidad cultural de las naciones que profesan el Islam.

Por otra parte, el rechazo es aún más fuerte respecto a los niveles de confianza hacia el Presidente George W. Bush, en su gestión en los asuntos internacionales. Partiendo por los mismos ciudadanos norteamericanos, estos mostraron un 60% de desconfianza hacia su Presidente, un 81 % en el caso de Gran Bretaña, un 85% en Alemania, y un 87% en Francia.

Cuadro Nº 1

Visión Favorable de Estados Unidos en el Mundo

Países	% año 2000	% año 2008
Gran Bretaña	83	53
Alemania	78	31
Francia	62	42
España	50	33
Polonia	86	68
Rusia	37	46
Turquía	52	12
Corea del Sur	58	70
India	---	66
Japón	77	50
China	---	41
Pakistán	23	19
Brasil	56	47

Fuente: adaptación de The Pew Global Project Attitudes (2008).
Global Public Opinion in the Bush Years (2001-2008) [en línea]. Pew Research Center.
Disponible en <http://pewglobal.org/files/pdf/263.pdf>

Cuadro Nº 2

% de Confianza en el Manejo del Presidente Bush de los Asuntos Internacionales (2008)

Países	No mucho/No confía	Mucho/Alguna confianza
Estados Unidos	60	37
Gran Bretaña	81	16
Francia	87	13
España	88	8
Polonia	50	41
Rusia	69	22
Turquía	89	2
Egipto	86	11
Jordania	89	7
India	33	55
China	45	30
Corea del Sur	64	30
Japón	69	25
Indonesia	66	23
Australia	76	23
Pakistán	61	7
Brasil	80	17
México	77	16
Argentina	86	7
Tanzania	33	60
Nigeria	39	55
Sudáfrica	52	32

Fuente: Adaptación de The Pew Global Project Attitudes (2008).
Global Public Opinion in the Bush Years (2001-2008) [en línea]. Pew Research Center.
Disponible en <http://pewglobal.org/files/pdf/263.pdf>

Cuadro N° 3

**Expectativas de Cambio
en la Política Exterior de Estados Unidos (2008)**

Países	% de apoyo o los cambios		
	Para mejor	No tanto	Para peor
Francia	68	29	1
España	67	21	1
Nigeria	67	19	10
Sudáfrica	66	21	7
Tanzania	65	19	6
Alemania	64	29	1
India	59	15	21
Australia	54	36	1
Gran Bretaña	53	33	3
Indonesia	48	37	7
Brasil	47	39	9
EEUU	45	37	5
Corea del Sur	42	41	9
China	40	39	12
México	37	40	18
Rusia	32	42	14
Polonia	31	31	27
Japón	20	67	7
Pakistán	20	24	24

Fuente: Adaptación de The Pew Global Project Attitudes (2008).
Global Public Opinion in the Bush Years (2001-2008) (en línea). Pew Research Center.
Disponible en <http://pewglobal.org/files/pdf/263.pdf>

La gran desconfianza contra la figura del Presidente Bush, generada en forma creciente en Estados Unidos, y en gran parte de la comunidad internacional, respondería a la personificación de todos los fracasos y responsabilidad de las crisis, en los ámbitos de la política internacional y doméstica, como al contenido y resultados de una conducta predominantemente unilateral y de arrogancia hegemónica en el mundo.

La llegada de Barack Obama a la Presidencia de Estados Unidos en enero de 2009, despertó grandes expectativas nacionales e internacionales por su personalidad, estilo, liderazgo y aproximación a los grandes desafíos de la globalización, a partir de una renovada política exterior y doméstica. De hecho, las expectativas de un cambio ya se manifestaban a fines del mandato del Presidente Bush, en las tendencias muy favorables de la opinión pública, tanto en Estados Unidos como en el resto del mundo. Sin lugar a dudas, el inmenso favoritismo por la apuesta del cambio de política internacional estadounidense, sería una poderosa señal para su reposicionamiento mundial, como también en cuanto a una relegitimación de su liderazgo global.

En un período de menos de dos años de gestión presidencial, Barack Obama ha apostado por el diálogo, por sobre la imposición con los principales actores de la política internacional. Ha recurrido, además, a la diplomacia multilateral en aquellas esferas donde tiene márgenes de acción, conforme a los intereses nacionales y globales de Estados Unidos, a saber: Irán, Corea del Norte, Cercano Oriente, Afganistán e Irak.

Lo anterior se reconoce en la propia estrategia de seguridad nacional de la nueva administración. Esta apunta a un renovado liderazgo, a partir de la reconstrucción doméstica y proyección externa. Dicho compromiso admite la relación entre los factores domésticos e internacionales, asumiendo al mismo tiempo que la influencia de lo que ocurre en el plano interno de Estados Unidos, será determinante para su fuerza y proyección más allá de las fronteras⁸.

En el centro de los esfuerzos estratégicos, está el compromiso de renovar la economía norteamericana, como factor al servicio del poder de Estados Unidos y al bienestar de sus ciudadanos. Asimismo, se contemplan esfuerzos por reconstruir infraestructura más segura de cara a las amenazas terroristas y desastres naturales, desarrollar

8 United States of America (2010). National Security Strategy. (en línea). Disponible en http://www.whitehouse.gov/sites/default/files/rss_viewer/national_security_strategy.pdf

nuevas fuentes de energía para reducir dependencia del petróleo y complementar las tareas de integrar la seguridad nacional con la seguridad doméstica.

Por otra parte, los esfuerzos de recuperación que sustentarán el liderazgo de Estados Unidos en el mundo, contemplan el firme y decidido compromiso de promover y vivir los valores norteamericanos dentro de Estados Unidos. En otras palabras, el compromiso con la democracia, los derechos humanos y el imperio de la ley constituyen fuentes esenciales de la fuerza e influencia estadounidense en el mundo.

Para el cumplimiento de la agenda democrática y sus nuevos desafíos, la estrategia de seguridad del Presidente Obama también apuesta por la acción multilateral en la política internacional. Para ello, se contempla un compromiso y reforzamiento de las instituciones internacionales, a través de acciones colectivas que sirvan a intereses comunes como el combate al terrorismo, el fin de la diseminación de armas nucleares, el asegurar un crecimiento económico balanceado y sustentable, y el buscar soluciones de cooperación para enfrentar las amenazas del cambio climático, los conflictos armados y el control de pandemias en el mundo.

Finalmente, el compromiso con el orden internacional de la nueva estrategia de seguridad, contempla la tarea a compartir con otras naciones, a fin de permitir a Estados Unidos ejercer su liderazgo internacional para la prosperidad y libertad de sus ciudadanos y de otras partes del mundo.

La evaluación de la opinión pública sobre la Administración Obama, en general, es positiva, y marcadamente superior al apoyo mostrado por las encuestas a la gestión de su antecesor, en particular, al segundo mandato del Presidente Bush. Estas tendencias favorables se pueden corroborar en una encuesta de opinión pública reciente, que da cuenta del reconocimiento y recuperación del apoyo internacional a Estados Unidos, como así también de las diferencias en el nivel de confianza internacional entre los presidentes Bush y Obama en los asuntos mundiales.

Claramente, el Presidente Obama supera en su corto período de gobierno el apoyo recibido por su antecesor, y mantiene una alta aprobación a su gestión y liderazgo internacional. Los países integrantes del grupo de potencias emergentes, identificadas en la arena in-

Cuadro N° 4

Niveles de Aprobación del Rol Internacional de Estados Unidos (%)

Países	2008	2009	2010
EEUU	84	88	85
Gran Bretaña	53	69	65
Francia	42	75	73
Alemania	31	64	63
España	33	58	61
Polonia	68	67	74
Rusia	46	44	57
Turquía	12	14	17
Egipto	22	27	17
China	41	47	58
India	66	76	66
Indonesia	37	63	59
Japón	50	59	66
Pakistán	19	16	17
Corea del Sur	70	78	79
Argentina	22	38	42
Brasil	---	---	62
México	47	69	56
Kenia	---	90	94
Nigeria	64	79	81

Fuente: adaptación de The Pew Global Project Attitudes (210).
Obama More Popular Abroad Than at Home, Global Image of U.S.
Continues to Benefit [en línea]. Pew Research Center.

Disponible en <http://pewglobal.org/files/pdf/Pew-Global-Attitudes-Spring-2010-Report.pdf>

Cuadro Nº 5

% de Confianza en la Gestión de la Política Mundial

Países	Bush	Obama		Variación
	2008	2009	2010	
EEUU	37	74	65	-9
Francia	13	91	87	-4
Alemania	14	93	90	-3
España	8	72	69	-3
Gran Bretaña	16	86	84	-2
Polonia	41	62	60	-2
Rusia	22	37	41	+4
Turquía	2	33	23	-10
Egipto	11	42	33	-9
Jordania	7	31	26	-5
China	30	62	52	-10
Japón	25	85	76	-9
Corea del Sur	30	81	75	-6
Pakistán	7	13	8	-5
India	55	77	73	-4
Indonesia	23	71	67	-4
Argentina	7	61	49	-2
México	16	55	43	-2
Brasil	---	---	56	---
Nigeria	55	88	84	-4
Kenia	72	94	95	+1

Fuente: Adaptación de The Pew Global Project Attitudes (210).
Obama More Popular Abroad Than at Home. Global Image of U.S.
Continues to Benefit [en línea]. Pew Research Center.
Disponible en <http://pewglobal.org/files/pdf/Pew-Global-Attitudes-Spring-2010-Report.pdf>

ternacional como BRIC (Brasil, Rusia, India y China), muestran un alto grado de aprobación al papel y liderazgo mundial de Estados Unidos en la actualidad, al mismo tiempo que, con la excepción de Rusia, atorgan un respaldo y confianza a la gestión internacional de Obama.

Los aliados europeos son los más decididos sostenedores del respaldo y apoyo a Estados Unidos, y a su Presidente, en su rol internacional, legitimando el liderazgo norteamericano que hoy ejerce Obama en la política mundial, en el marco de la cooperación internacional y en su estilo personal de enfrentar, multilateralmente, los desafíos globales y la agenda y demandas de la sociedad civil transnacional.

En síntesis, sin perjuicio de la baja aprobación y reconocimiento de Estados Unidos y su liderazgo presidencial en el mundo, por parte de países con ascendencia islámica y cercanos al mundo árabe, las expectativas de los cambios estratégicos globales diseñados e implementados a partir de políticas individuales y colectivas por la administración Obama, siguen en general muy bien evaluadas por la comunidad internacional.

5. Consideraciones finales

Al retomar la discusión inicial, en torno a la vigencia del liderazgo hegemónico de Estados Unidos en el siglo XXI, es necesario reconocer la premisa de una declinación relativa del poderío norteamericano, particularmente, en su dimensión económica. En general, los especialistas en política exterior de la potencia del Norte coinciden con esta apreciación objetiva, pero no necesariamente suscriben la tesis de Paul Kennedy. En otras palabras, los estudios que hacen referencia a los déficits norteamericanos y su eventual declinación económica, no coinciden con el argumento central del historiador británico acerca de una caída de la hegemonía mundial de Estados Unidos, a raíz del gasto militar crecientemente global y planetario.

Por el contrario, el desarrollo y mantención sustentable del poder duro, en la terminología de Nye, es una condición necesaria para atender los constantes y recurrentes desafíos y oportunidades que ofrece un liderazgo amplio, responsable y legítimo de la potencia norteamericana en el mundo. Del mismo modo, en un contexto

transnacional complejo y altamente competitivo de la globalización de la política, como de la sociedad civil internacional actual, Estados Unidos es el actor estatal que reúne con mayor amplitud e intensidad las tres dimensiones del poder, es decir, la militar, la económica y la del poder blando.

En general, existiría un consenso en la comunidad intelectual y de gobierno de los Estados Unidos, en torno a su aún vigente supremacía global, aunque también se reconocen, en forma explícita, las expresiones reales y objetivas de una declinación hegemónica relativa, particularmente en la dimensión económica como en la influencia estratégica global. La discusión, hoy día, se concentra, entonces, en cómo y a través de qué estrategias e instrumentos de política exterior la potencia del Norte intenta revertir esta situación, o bien hasta qué punto pretende una adaptación a los imperativos y oportunidades de la nueva realidad global y doméstica, para encontrar una inserción internacional, acorde a sus intereses nacionales y mundiales.

A modo de conclusión de este ensayo, el análisis preliminar de la breve gestión del Presidente Obama, podría constituir un sugerente ejercicio en la dirección de este debate. En efecto, la nueva administración ha apostado por el diálogo, por sobre la imposición con los principales actores de la política internacional, y ha recurrido a la diplomacia multilateral en aquellas esferas donde tiene márgenes de acción, conforme a los intereses nacionales y globales de Estados Unidos, a saber, Irán, Corea del Norte, Cercano Oriente, Afganistán e Irak.

En virtud de lo anterior, es posible adelantar algunos elementos de análisis y evaluación de la administración norteamericana actual, en función de sus orientaciones programáticas y visiones del mundo, como así también del liderazgo de Estados Unidos en la política mundial. Ciertamente que la discusión en torno a la declinación o adaptación de la hegemonía estadounidense facilita este ejercicio, al contrastar apreciaciones de estudiosos de la política exterior de Estados Unidos, que adhieren a una visión realista conservadora, o liberal realista, acerca del actual y futuro liderazgo y empleo del poder norteamericano en la política mundial.

En el primer caso, la visión crítica sobre la política exterior de Obama de Robert Kagan (2010: 14), quien sostiene que el gobierno nor-

teamericano, en vez de intentar perpetuar la primacía estadounidense en el mundo, busca manejar la inevitable declinación relativa de Estados Unidos en relación a otras potencias. La nueva estrategia demócrata liberal -según este historiador-, estaría tratando de acomodarse con las potencias emergentes como China y Rusia, más que tratar de contener las ambiciones de estas, es decir, permitir a dichas potencias una mayor hegemonía dentro de sus propias regiones, y mostrar mayor respeto por sus sistemas políticos a nivel doméstico.

Por otra parte, más que mantener y alimentar las alianzas con sus antiguos socios OTAN y los tradicionales y estrechos vínculos con Japón, Australia, Corea del Sur y Filipinas, el gobierno norteamericano busca una nueva sociedad estratégica con la India y una nueva articulación y arquitectura internacional, con un bloque global de poderes como el mundo del G-20. En las propias palabras de Kagan, esta estrategia de reinserción mundial de Estados Unidos, responde también a una combinación de realismo e idealismo, marcado con los propios supuestos de la administración de Obama, en orden a señalar que las grandes potencias hoy comparten intereses comunes. La apuesta de la doctrina actual es, entonces, "todos ganan", en vez de optar por un esquema realista tradicional de "suma cero" de la política mundial norteamericana (Kagan, p. 15).

La crítica conservadora de Kagan al gobierno demócrata, es si mantendrá la mirada idealista de seguir apoyando la democracia y a sus aliados, en sus disputas con las autocracias de las grandes potencias (como China y Rusia), o si adoptará una posición neutral y reconocerá y apoyará la legitimidad de dichas potencias. En otros términos, lo que Kagan sostiene es que la administración de Obama ha desenfaticado, inevitablemente, la importancia de la democracia en la jerarquía de los intereses norteamericanos. Esta sería la consecuencia de su nueva estrategia geopolítica de cooperación internacional, un signo de la nueva neutralidad internacional norteamericana, que busca la amistad de todos a partir de la buena voluntad, las buenas intenciones, la pureza moral y el desinterés de los Estados Unidos (Kagan: 16-18).

En consecuencia, la propuesta de Kagan es dejar atrás la apuesta idealista wilsoniana de la actual administración demócrata, pues el mundo no es fácilmente renovable, permanecen los viejos desafíos

y la mejor estrategia internacional de Estados Unidos sigue siendo aquella perseguida por muchos Presidentes de diversas tendencias después de la Segunda Guerra Mundial: la nación indispensable del mundo. La pregunta entonces no es ahora cómo manejar la declinación de Estados Unidos, sino cómo prevenirla (Kagan: 18).

Lo mirada liberal realista de Zbigniew Brzezinski⁹ es más próxima a la administración de Obama y a su estrategia mundial. Afirma que el presidente norteamericano ha asumido un esfuerzo verdaderamente ambicioso, de redefinir la visión del mundo por parte de la potencia del Norte y su necesaria reconexión con el contexto histórico emergente del siglo XXI. Junto con aprobar la actual gestión de la política internacional estadounidense, aplaude la importancia de reconceptualizar, comprensivamente, a la política de Washington, en varios temas geopolíticos centralmente importantes para Estados Unidos.

De esta forma, y de acuerdo con la evaluación de Brzezinski, algunos ejemplos ilustran sus sugerencias estratégicas a Estados Unidos, en una apuesta por la adaptación de su hegemonía a la actual realidad mundial: una opción más amplia que la militar en Afganistán contra las fuerzas insurgentes de los Talibanes, como una forma de contrarrestar su apoyo al terrorismo internacional; el fortalecimiento del compromiso norteamericano con el desarme nuclear; un nuevo trato hacia China como un socio geopolítico y económico; el mejoramiento de las relaciones con Rusia, aceptándose así las realidades geopolíticas de la post Guerra Fría (Brzezinski, 2010: pp. 15-18).

En síntesis, ambas visiones sobre el liderazgo de Estados Unidos, en el contexto de una hegemonía en declinación relativa y la reevaluación mundial, presentan coherencia analítica entre supuestos y postulados con las estrategias y orientaciones del gobierno norteamericano y de sus líderes. Los recursos de poder de diversa naturaleza que despliega Estados Unidos en el mundo, en sus diferentes escenarios o tableros de la arena internacional, son reconocidos por los propios ciudadanos norteamericanos y las diversas naciones del mundo, como reflejan los estudios sobre percepciones y visiones de opinión pública a nivel doméstico e internacional. En otras palabras, el futuro del liderazgo mundial de Estados Unidos, dependerá no sólo de cómo la superpotencia se mantenga y reaccione a los desafíos de la polí-

tica mundial, sino que, también, de cómo las potencias emergentes se unen, para balancear la vigente supremacía norteamericana y de cómo estas utilizan sus capacidades o recursos de poder.

Bibliografía

- Brzezinski**, Zbigniew (2009). "Major foreign policy challenges for the next US President", en *International Affairs*, Vol. 85, Issue 1. pp. 53-60.
- (2010): "From Hope to Audacity", en *Foreign Affairs* 89 (1). pp. 16-30
- Hoass**, Richard N. (2008). "La era de la no polaridad. Lo que seguirá al dominio de Estados Unidos", en *Foreign Affairs Latinoamérica*, Vol. 8, Nº 3. pp. 68-72.
- Hoffmann**, Stanley (2004). "Why Don't They Like Us? How America Has Become the Object of Much of the Planet's Genuine Grievances—and Displaced Discontent", en Mc Cormick, James M. et al. (Eds.). *The Domestic Sources of American Foreign Policy*, Lanham, MD: Rowman & Littlefield Publishers.
- Ikenberry**, John (2002). "America's Imperial Ambition", en *Foreign Affairs*, Vol. 81, Nº 5. pp. 44-60.
- Kagan**, Robert (2010). "Obama's Year One", en *World Affairs*, Vol. 172, Issue 3. pp. 10-18
- Kennedy**, Paul (1988). *Auge y caída de las grandes potencias*. Barcelona: Plazo & Janes Editores S.A.
- Kissinger**, H. (2001). *Does America Need a Foreign Policy? Toward a Diplomacy for the 21st Century*. New York: Simon & Shuster.
- Lieber**, Robert (2002). *Eagle Rules? Foreign Policy and American Primacy in the Twenty-First Century*. New Jersey: Prentice Hall.
- Mandelbaum**, Michael (2006). "David's Friend Goliath", en *Foreign Policy*, January/February. pp. 52-55
- Margulies**, Phillip (2009). *Global Issues: America's Role in the World*. New York: Facts On File, Inc.
- National Intelligence Council** (2008). *Global Trends 2025: A Transformed World* [en línea]. Disponible en http://www.dni.gov/nic/PDF_2025/2025_Global_Trends_Final_Report.pdf [2010, Julio 31].
- Nye**, Joseph S. (2002). *The Paradox of American Power*. New York: Oxford University Press. (2004). *Soft Power*. New York: Public Affairs.
- The Pew Global Project Attitudes** (2008). *Global Public Opinion in the Bush Years (2001-2008)* [en línea]. Pew Research Center. Disponible en: <<http://pewglobal.org/files/pdf/263.pdf>> [2010, Julio 31].(210).
- "Obama More Popular Abroad Than at Home, Global Image of U.S. Continues to Benefit" [en línea]. Pew Research Center. Disponible en <http://pewglobal.org/files/pdf/>

⁹ Brzezinski, Zbigniew (2010). "From Hope to Audacity", en *Foreign Affairs* 89 (1).

Pew-Global-Attitudes-Spring-2010-Report.pdf > [2010, Julio 31].

United States of America (2010). National Security Strategy [en línea]. Disponible en http://www.whitehouse.gov/sites/default/files/rss_viewer/national_security_strategy.pdf [2010, Julio 31].

Zakaria, Fareed (2008). "The Future of American Power. How America Can Survive the Rise of the Rest", en Foreign Affairs, Vol. 87, Nº3, pp. 18-43.